

Notas acerca de M. Bunge, *Lingüística y filosofía*, Ariel, Barcelona, 1983

Si bien el interés de muchos lingüistas se ha centrado en cuestiones de metodología e investigación a lo largo de los últimos años, no es frecuente que un filósofo —sobre todo un filósofo de la talla de M. Bunge— se ocupe de los problemas que plantea la investigación en nuestro terreno.

En principio puede parecer que el estudio de Bunge sobre nuestra disciplina no es sino uno más que se suma a los ya existentes sobre el tema. Sin embargo, conforme se avanza en su lectura y a poco que se reflexione, son evidentes las diferencias entre este trabajo de Bunge y el resto de los ensayos sobre la investigación en lingüística. Resaltan en la labor del filósofo tres cualidades que marcan, respecto al conjunto, el carácter especial de sus consideraciones. En primer término, la visión global que sobre el lenguaje y la investigación lingüística posee, propia de un estudioso que no está expuesto al anclaje en una determinada corriente ya que su óptica se sitúa por encima de todas ellas. En segundo lugar, la objetividad, que es producto de un raciocinio sobre los hechos y circunstancias, sin participar en las ciegas rivalidades entre escuelas. Finalmente, la claridad expositiva —tanto en la forma como en el contenido—, lo que no implica una trivialización o una simplificación de las cuestiones complejas, sino que se trata más bien de presentarlas en una organización transparente y accesible sin prescindir de su multiplicidad de aspectos constitutivos.

El tema central del libro de M. Bunge está indicado en su título, *Lingüística y filosofía*. En consecuencia, el autor se interesa fundamentalmente por las conexiones que existen entre los dos ámbitos y por cómo la filosofía incide sobre la investigación lingüística, de tal manera que surge la imperiosa necesidad de una perspectiva filosófica adecuada para alcanzar una investigación lingüística rentable.

Para desarrollar tales ideas genéricas, M. Bunge se ocupa de un marco concreto de investigación lingüística, la gramática generativo-transformacional, de forma que del estudio filosófico-valorativo sobre tal marco se puedan extraer rasgos aprovechables y rasgos perniciosos respecto a lo que sería una investigación lingüística adecuada.

El libro aparece organizado en nueve capítulos (1. Lenguaje y lingüística; 2. El levantamiento de Chomsky. Tesis lingüísticas. Tesis psicológicas. Tesis metodológicas; 3. Sintaxis; 4. Semántica; 5. Universales

lingüísticos; 6. Adquisición del lenguaje; 7. Puesta a prueba de teorías lingüísticas; 8. Carácter de la investigación lingüística; 9. Coda), tres apéndices (dedicados a 1. Árboles y transformaciones; 2. Significado; 3. Explicación neurofisiológica de lo mental), y una selecta bibliografía referida a lo que es la investigación del lenguaje y a lo que es la lingüística.

Mis comentarios van a estar restringidos a las cuestiones más puramente lingüísticas, por lo que no me ocuparé más que lo imprescindible de los aspectos psicológicos o sociológicos que atañen al lenguaje, y ello no porque no considere su importancia, sino por el carácter limitado de estas notas. Concretamente, mi objeto de atención serán los siguientes capítulos:

1. Lenguaje y lingüística.
2. El levantamiento de Chomsky.
 - Tesis lingüísticas.
 - Tesis metodológicas.
3. Sintaxis.
4. Semántica.
7. Puesta a prueba de teorías lingüísticas.
8. Carácter de la investigación lingüística.
9. Coda.

LENGUAJE Y LINGÜÍSTICA

La tesis central de M. Bunge ante el panorama que ofrecen las investigaciones lingüísticas es la de que los estudiosos del lenguaje conciben el objeto de estudio de modos diferentes¹, e interpretan tales concepciones como incompatibles entre sí. Producto de esa diversidad de enfoques so-

¹ Bunge esquematiza la situación conflictiva en torno al lenguaje por medio de un cuadro (pág. 14), en donde se contrastan las concepciones del estructuralismo, mentalismo y psicología biológica y social respecto a una serie de cuestiones lingüísticas básicas.

Ciertamente se trata de un cuadro esquemático, pero afirmar que en la concepción estructural "Un L es un conjunto de fonemas" no me parece correcto. Los estructuralistas hablan de signos, y delimitan en la constitución de éstos la cara significante y la cara significado que no existen sino a partir del signo. En consecuencia, para los estructuralistas "un L" tiene que estar conformado por un conjunto de signos antes que por un conjunto de fonemas.

bre el lenguaje es la multiplicidad de escuelas lingüísticas que, por otra parte, se muestran rivales recíprocamente.

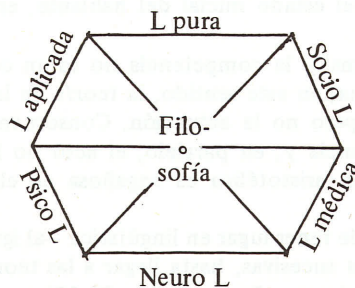
Junto a la variedad de corrientes que resultan de considerar el lenguaje como fenómeno desde ópticas distintas, está la variedad de investigaciones que se restringen a un aspecto determinado del lenguaje, ya sea al aspecto fónico, al gramatical, al social, al psicológico, etc. También en este caso los investigadores divergen en lo que es el lenguaje, y también aquí falta el hilo conductor que dé cuerpo a esa serie de estudios y manifieste sus interrelaciones.

Esta situación impide que la lingüística sea catalogada como ciencia unitaria y perfectamente definida en su ámbito, puesto que los estudios sobre el lenguaje no manifiestan continuidad e interconexión y de ahí que no se alcance una teoría general o un sistema de teorías complementarias sobre el lenguaje.

Ante las actitudes de los lingüistas y el conjunto de problemas que ello acarrea, Bunge propone las siguientes vías de solución. En primer lugar, se han de rechazar las incompatibilidades y rivalidades entre los distintos enfoques, a favor de la complementariedad que es, de hecho, posible:

“Semejante variedad de enfoques no dará como resultado la rivalidad si ninguno de ellos pretende excluir o subordinar a los demás” (25).

En segundo lugar, y derivado de lo anterior, el investigador, sea cual sea la parcela del lenguaje que le interese, no ha de sustraerse a la complejidad global de aquél, de manera que su estudio parcial posea una relevancia respecto al todo. En este sentido, es fundamental la interrelación de las diversas disciplinas que se ocupan del lenguaje, interrelación que Bunge interpreta en torno a la filosofía como centro según el esquema (pág. 17):



Al ser el eje central la filosofía, se hace posible el hallazgo de una línea común a los enfoques y a las investigaciones parciales sobre el lenguaje, pues-

to que será en su terreno en donde se justifiquen aproximaciones teóricas como complemento de otras más ligadas a los datos, y en donde se valoren las diversas concepciones del fenómeno lenguaje como paso previo para alcanzar una visión global adecuada.

De este modo, la filosofía supone la perspectiva aérea necesaria para evitar la confusión y mezcla² entre lo real y lo que es construcción teórica, para sopesar la rentabilidad de los distintos enfoques y para evidenciar los puntos de contacto entre la multiplicidad de aspectos estudiados. Bunge alude a la función de la filosofía por medio de una imagen suficientemente transparente:

“La función de la filosofía en el hexágono lingüístico es la de una araña sabia (o perversa, según se mire) que mantiene unidos los hilos de la telaraña, pone a prueba sus puntos débiles y ayuda a repararlos. (La araña se alimenta de especialistas incautos incapaces de ver la telaraña)” (16-17).

En definitiva, sólo la red filosófica podrá engarzar las investigaciones lingüísticas dispersas, y sólo aquélla podrá dar cuerpo unitario a la ciencia lingüística al establecer una progresión de lo real a lo teórico³.

Las consideraciones de Bunge sobre la naturaleza del lenguaje y la constitución de la disciplina lingüística me parecen, en general, acertadas. También entiendo como correctas las vías que propone para salir del caos en que se halla la lingüística. Sin embargo, son varias y fuertes las dificultades que surgen para llegar a una convergencia de los diversos estudios sobre el lenguaje. A mi modo de ver, el problema más acuciante

² Bunge no niega la necesidad de abstraer, de idealizar, en las investigaciones lingüísticas, pero el punto de partida ha de ser siempre la realidad; es decir, los constructos teóricos han de poseer un fundamento empírico. Por otra parte, de ningún modo lo teórico ha de interpretarse como material. Con palabras de Bunge, “Desde nuestro punto de vista, Chomsky no yerra al distinguir la competencia del desempeño, caso particular de la distinción aristotélica entre potencia y acto. Su error consiste en afirmar que la primera es el estado inicial del hablante, en lugar de ser un refinado constructo” (20).

En efecto, para Chomsky la competencia no es un constructo de la actuación sino que existe por sí misma; en este sentido, la teoría de la competencia dará como producto la competencia, pero no la actuación. Consecuentemente, la actuación no es resultado de la competencia y, en paralelo, el acto no lo es de la potencia. Con otras palabras, la distinción aristotélica es engañosa en el marco chomskiano (cfr. Olszewsky, 1974).

³ Esa progresión ha de tener lugar en lingüística —al igual que en otros campos— a través de estadios o fases sucesivas, hasta llegar a las teorías generales, tal y como muestra el cuadro presentado por Bunge (págs. 22-23), en el que se ponen en paralelo los distintos estadios de desarrollo en la lingüística, la física y la biología.

gira alrededor de la conformación de un grupo científico compacto que pueda catalogarse como 'dedicado a investigar el lenguaje'. Es sencillo, hasta cierto punto, percatarse de las múltiples dimensiones del fenómeno y rendirse a la evidencia de que en él hay implicados factores psicológicos, sociales, etc., pero no es posible que un individuo, por sí solo, pueda prestar atención a toda esa serie de aspectos, ni tampoco es fácil que un neurólogo, un sociólogo y un "lingüista interno" se intercomunicen —ya que no se sienten miembros de una misma comunidad científica—.

En la situación real, pues, la salida de la crisis no se ve clara, al menos en un plazo inmediato, pero la falta de aglutinación entre los investigadores del lenguaje no sólo se debe a la actitud de los "lingüistas puros" sino a la de todos los estudiosos del lenguaje.

EL LEVANTAMIENTO DE CHOMSKY

En opinión de Bunge, los trabajos de Chomsky (1957) y (1965)⁴ fueron un revulsivo para la investigación lingüística ya que se entendían como provocadores de un profundo cambio⁵ de visión del lenguaje frente a las consideraciones ofrecidas por la tradición lingüística precedente.

Tal cambio venía esencialmente dado por un nuevo enfoque —el racionalista mentalista—, un nuevo método —que se fundamentaba en la intuición y en la idealización— y unos núcleos novedosos de interés —la adquisición del lenguaje, los universales lingüísticos y la importancia de la sintaxis—. En términos generales, pues, se trataba de una postura idealista frente al positivismo precedente.

A pesar de esa imagen inicial de ruptura con las investigaciones anteriores, y a pesar de esa aureola de progreso y novedad, sin embargo lo cierto es que tal ruptura no lo es en sentido fuerte ni conlleva una dirección constructiva, y, en consecuencia, "el paquete de Chomsky" no puede aceptarse totalmente en opinión de Bunge.

El filósofo no niega la existencia de rasgos progresistas y positivos en la gramática generativo-transformacional (entre los que cuenta el empuje

⁴ Se refiere a *Estructuras sintácticas* (Chomsky, 1957, *Syntactic Structures*, Mouton; trad. cast. en Siglo XXI) y a *Aspectos de la teoría de la sintaxis* (Chomsky, 1965, *Aspects of the Theory of Syntax*, MIT Press; trad. cast. en Aguilar).

⁵ Algunos autores hablan de "revolución" entendida al modo de Kuhn (1962), mientras otros se muestran reacios a la utilización del concepto en lingüística (p. ej. Percival, 1976). Bunge no toma partido, pero subrepticamente muestra su desagrado por el concepto (vid. págs. 26 y ss.).

dado a la sintaxis), pero junto a éstos se muestran otros de carácter regresivo que estancan o retrasan el avance de una investigación lingüística rentable. Hay, así, tesis lingüísticas y metodológicas propuestas por Chomsky que merecen reflexión en el momento de determinar su auténtico valor.

Bunge reduce a tres las tesis lingüísticas dignas de atención. En primer término, el enunciado general de Chomsky sobre qué es el lenguaje:

“Un lenguaje es un conjunto infinito de oraciones en sí mismas, o sea, separadas de cualesquiera contextos o circunstancias biológicas, psicológicas o sociales” (30).

En segundo lugar, la tesis sintáctica, según la cual lo interesante para la sintaxis estriba en la estructura subyacente a las expresiones lingüísticas superficiales. Finalmente, la tesis semántica, por la que —en las últimas versiones de la gramática generativo-transformacional— el significado de una secuencia se extrae de un conjunto de propiedades producidas a lo largo de la derivación de tal secuencia.

En cuanto a las tesis metodológicas, Bunge destaca seis. La primera referida a la meta última de la investigación lingüística, y que para Chomsky es la de alcanzar teorías exactas y amplias sobre la competencia y la actuación. La segunda concierne al procedimiento de investigación, que indica postular conceptos y estructuras teóricas para explicar fenómenos. La tercera remite a la descripción y a la explicación en términos mentalistas. La cuarta, en conexión con la anterior, propone que se ignore la función social del lenguaje como medio de comunicación dado que lo interesante estriba en su finalidad cognoscitiva. La quinta indica que las teorías del aprendizaje son vacuas, puesto que la facultad del lenguaje es innata. Finalmente, la sexta se refiere al valor prioritario de la comprensión y de la explicación frente a la confirmación empírica.

Esta serie de afirmaciones básicas que Chomsky enuncia sobre el lenguaje y sobre el modo de investigarlo, suscitan las siguientes consideraciones críticas por parte de Bunge.

Para el filósofo no es aceptable el reduccionismo en la definición del “lenguaje”, aunque quepa estudiar el fenómeno complejo en únicamente alguno de sus aspectos. Con palabras de Bunge,

“Sin duda, el lenguaje puede estudiarse (en lingüística pura y general) como un conjunto de oraciones en sí mismas, esto es, independientemente de la manera como son producidas, entendidas y utilizadas. Sin embargo, la producción y comprensión de oraciones deben estudiarse también como procesos fisiológicos; y la comunicación por vía del habla debe estudiarse como proceso social” (33).

Dicho de otro modo, si el enfoque ante el lenguaje da lugar a una visión parcial de éste, no será posible, desde esa óptica, alcanzar teorías lingüísticas amplias y exactas. En consecuencia, la meta última de la investigación lingüística no se conseguirá por esa vía.

En lo que respecta al trabajo con estructuras subyacentes utilizando el procedimiento de la hipotetización, Bunge duda seriamente de la validez de aquéllas —como veremos en el apartado dedicado a semántica—, y niega la validez de éste aduciendo las siguientes razones:

“No podemos usar inobservables arbitrarios para explicar los fenómenos lingüísticos, sino solamente inobservables escrutable, o sea, inobservables representados por conceptos que se presentan en teorías empíricamente contrastables. Las “estructuras” mentales postuladas por Chomsky no son de este tipo. Él mismo reconoce que podemos conocerlas tácitamente y especular acerca de ellas, pero no aprehenderlas por medios objetivos (p. ej., neurofisiológicos)” (36)⁶.

La remisión a lo mental como fundamento y base de una teoría lingüística no es, pues, suficiente para que ésta constituya un cuerpo aceptable en el progreso de la disciplina. De ahí que Bunge diga

“La prohibición de hacer investigación sociolingüística es igualmente acientífica, porque el lenguaje es, entre otras cosas, un fenómeno social” (36-37).

Por otra parte, el sustento de la teoría en lo mental no sólo reduce la validez de ésta por ser su base parcial, sino que también niega su existencia empírica al entender Chomsky que la mente es inmaterial y que existe por sí misma.

Finalmente, puesto que la teoría no tiene posibilidades de conexión con hechos concretos, tampoco sus explicaciones serán tales sino meras subsunciones⁷.

En definitiva, la crítica de Bunge a la gramática generativo-transformativa se refiere al desequilibrio entre el punto de partida y sus propósitos, lo que redundará en perjuicio de los procedimientos y alcances reales.

⁶ Coincidiendo con Bunge en esa necesidad de una base empírica decía ya en 1954 Coseriu: “lo importante es no hacerlo [el proceso de abstracción; M.F.] sin referencia a la realidad, porque entonces se describiría una *ficción*, y no una *abstracción*” (Coseriu, 1954, 199).

⁷ Bunge distingue la explicación de la subsunción (también denominadas explicación interpretativa —o expretación— y explicación subsuntiva), porque mientras la primera desarrolla una interpretación de los datos a través de mecanismos, la segunda da cuenta del “porqué” de los datos a través de únicamente relaciones entre entidades, sin proponer mecanismos (cfr. Bunge, 1967, 585 y ss.; y 1968, 102 y ss.).

Es decir, Chomsky pretende una teoría general cuando su enfoque ante el objeto es parcial, de tal manera que se produce un desfase entre la finalidad que mueve la investigación y los alcances verdaderos de ésta. En esta situación, los procedimientos de investigación son engañosos dado que para que sean válidos y rentables exigen un determinado entorno en el que adquieran su valor. En pocas palabras, las hipótesis necesitan —para ser portadoras de un valor— respaldo empírico, ya sea inmediato o mediato, y puesto que en la gramática generativo-transformacional la mente es independiente de la materia, lo hipotético se fundamenta en lo supuesto, y, consecuentemente, el procedimiento no tiene función científica alguna.

Por otra parte, la meta última de la gramática generativo-transformacional es, en mi opinión, demasiado irreal en lo que afecta a sus posibilidades de consecución, y ello debido al estado en que se encontraba (en los años 60) y se encuentra la fase de trabajo con datos y aspectos lingüísticos concretos⁸. En este sentido, coincido con los que opinan que la gramática generativo-transformacional ha ido demasiado lejos al presentar su finalidad, y ha supuesto un retroceso en el momento de adoptar una perspectiva y unos modos de operar que no se conjugan con aquel propósito⁹.

SINTAXIS

Como ya he indicado anteriormente, Bunge considera que el interés de la gramática generativo-transformacional por la sintaxis es uno de los aspectos innovadores respecto a la lingüística inmediatamente precedente. El carácter progresivo de la sintaxis chomskiana se reduce, sin embargo, a poco más que a las técnicas de análisis y a las representaciones de las estructuras, ya que también en el ámbito sintáctico continúan vigentes —o más bien, se plasman— los inconvenientes de enfoque y método señalados.

Así, Chomsky afirma que la gramática describe la competencia de un hablante-oyente ideal, de lo que se deducen dos conclusiones inmediatas.

⁸ Gross (1979) es uno de los que manifiesta la necesidad de prestar atención a los datos, no suficientemente estudiados, antes de proponerse teorías generales que, al no estar sustentadas en un conocimiento amplio de los datos lingüísticos, no responderán a la realidad del lenguaje.

⁹ Pero también coincido con Bunge quien la critica “*por no haber ido demasiado lejos y más precisamente a) por no abordar el lenguaje en toda su complejidad (como fenómeno fisiológico y social), y b) por haber desenterrado cierto número de ideas del cementerio de la filosofía*” (118).

La primera es que Chomsky trabaja con hipótesis (gramática) de estructuras hipotéticas (competencia) concernientes a un hablante también hipotético (ideal) (cfr. Bunge, 99; vid. nota 2), puesto que no establece conexiones con la materia objetiva (en todo caso, las establecería con su intuición subjetiva, lo cual no es aceptable científicamente). La segunda es que tal gramática no describe sino que prescribe¹⁰ puesto que únicamente da cuenta de las secuencias “bien formadas”, y no de las secuencias lingüísticas reales. Como es evidente, el reduccionismo —sin dar cabida a variantes— está presente en los estudios gramaticales.

Por otra parte, Chomsky, al prescindir de un objeto de estudio real, confunde y mezcla los distintos niveles de conceptualización. La noción de “gramática”, por ejemplo, se maneja en ocasiones entendida como estructura de una lengua (sería, entonces, considerada objeto de estudio, y equivalente, por tanto, a “competencia”), y en otros casos se toma como modelo o teoría de aquella estructura¹¹. En la misma línea, las “reglas” de la gramática no poseen un status perfectamente definido dado que no se aclara si su carácter es prescriptivo-convencional (se situarían, entonces, en la gramática como estructura), o si es teórico-legaliforme (perteneciendo, así, a la gramática como teoría).

En opinión de Bunge, las “reglas” de la gramática generativa no tienen capacidad deductiva puesto que únicamente describen o analizan *tipos* de oraciones (cfr. Bunge, 41), de tal manera que no pueden tomarse como axiomas o teoremas, sino como constructos que describen lo prescrito. Consecuentemente, la gramática generativa no es una teoría con leyes explicativas sino una descripción de ciertos aspectos del lenguaje (cfr. Bunge, 42 y ss.).

Además, añade Bunge, si las reglas de la gramática se consideran leyes, surgirá un agudo problema cuando el investigador se enfrente con secuencias que no responden a esas “leyes”. Lo más común es el rechazo de

¹⁰ Lo hace, además, de un modo grave y peligroso (cfr. Elffers, 1978), ya que sus prescripciones están “disfrazadas” de descripciones al no concordar la práctica real del investigador con los propósitos teóricos.

¹¹ Al respecto dice Bunge: “Es bien sabido que la palabra “gramática” es ambigua: designa tanto la estructura interna de una lengua como un modelo conceptual de dicha estructura. Así, lingüistas diferentes pueden proponer diversas gramáticas (modelos conceptuales) de una misma gramática (estructura interna) de una lengua dada. Chomsky toma nota de esta ambigüedad pero confunde sistemáticamente ambos conceptos” (40). Para contrastar lo que Chomsky dice en torno a la ambigüedad, cfr. Chomsky (1980, 220).

esas secuencias, sin más, puesto que no tienen cabida en el sistema teórico-legaliforme propuesto, y así

“se evitará el disgusto de contemplar cómo su modelo favorito es arruinado por algún miserable contraejemplo. Y, para salvar la tesis innatista con la misma piedra, imputará incorrección a “accidentes de desempeño”, jamás a la “competencia”, a la que considera perfecta, invariable y universal” (46-47).

Evidentemente, esta manera de salvaguardar la teoría, sin valorar los posibles contraejemplos respecto a ella, no es científicamente adecuada, razón por la cual Bunge propone que las reglas sean vistas como tendencias que representan regularidades lingüísticas (45-46). Desde esta óptica, los gramáticos pueden reconocer las imperfecciones de sus sistemas teóricos y de los *corpora*, de manera que quepa la posibilidad de ampliar o retocar aquéllos para incluir variantes, o la posibilidad de rechazar racionalmente algunos datos y de convertir en invariantes otros (47).

A mi modo de ver, la causa de todos los inconvenientes que presenta la sintaxis chomskiana reside en ese enfoque idealista —en relación directa con un reduccionismo exagerado— adoptado por el investigador. Al ser ideales los datos, es fácil que ese nivel se entremezcle con los niveles teóricos, y de ahí la ambigüedad que envuelve a nociones como “gramática”, “competencia”, etc.

En lo que concierne a las “reglas”, el problema lo veo desde una perspectiva distinta a la de Bunge. Para mí no importa tanto dilucidar el carácter ontológico de las reglas gramaticales (en el sentido de normas)¹², como diferenciar y delimitar las reglas (= normas) que son parte del objeto de estudio, y las reglas (= constructos teóricos) que forman parte de un sistema teórico. En esta línea, las normas ateóricas que dan cuerpo a los datos representan la contrapartida con respecto a la cual se contrastan las reglas teóricas. A su vez, las normas ateóricas tendrán una función contrastadora válida sólo si existen a través de los datos, i.e. de las expresiones concretas¹³.

¹² Prefiero la denominación de “normas” para señalar claramente la diferencia categorial existente entre éstas y las reglas teóricas (cfr. Bartsch, 1982).

¹³ Wunderlich (1974, 62 y ss.) considera que las normas del lenguaje son “disposiciones” de una comunidad hablante y, como tales, no son observables directamente, pero sí lo son en el sentido de que se manifiestan por medio de “síntomas”. Por ejemplo, “síntomas” de la existencia de unas normas serían la comunicación entre hablantes, la falta de comunicación cuando aquéllas no se utilizan debidamente, etc.

En esta línea, la investigación gramatical es empírica, aunque sea su empirismo de carácter indirecto (de ahí que algunos autores hablen de semi-empirismo; p. ej. Hammarström, 1978). Cfr. también Itkonen (1978).

Bunge, me parece, considera únicamente las reglas gramaticales en el sentido de "normas" de tal modo que no da opción a investigaciones teóricas parciales referidas a esas normas puesto que, para él, todo marco teórico en lingüística, para ser válido, ha de remitir a las funciones cerebrales.

Creo, sin embargo, que tal concepción de la investigación lingüística puede llevar, en último término, a desbaratar la diferencia existente entre las ciencias sociales (o humanas) y las físicas, o aún más, a convertir aquéllas en meras variantes o ramificaciones de éstas.

SEMÁNTICA

Una de las tesis lingüísticas formuladas por la gramática generativa es, como ya hemos señalado, que el significado de las secuencias lingüísticas se extrae de distintos aspectos que aparecen a lo largo de su derivación (esta idea es la dominante en las últimas versiones de la gramática generativo-transformacional, mientras en los primeros años se afirmaba que el significado se deducía únicamente de la estructura profunda).

Según Bunge, es mérito de Chomsky el haberse percatado de la importancia del significado para obtener un análisis acabado de las secuencias lingüísticas. Sin embargo, añade Bunge, la gramática generativa no ha sido capaz de ofrecer una teoría semántica coherente; por el contrario, el significado en la gramática chomskiana aparece como noción difusa y fundamentalmente intuitiva.

En su primera época, la gramática generativa reservaba el significado a la estructura profunda, de tal forma que a los problemas que de por sí planteaba el significado, se añaden los surgidos en torno a ese otro concepto (tan oscuro como el primero) que es la estructura profunda.

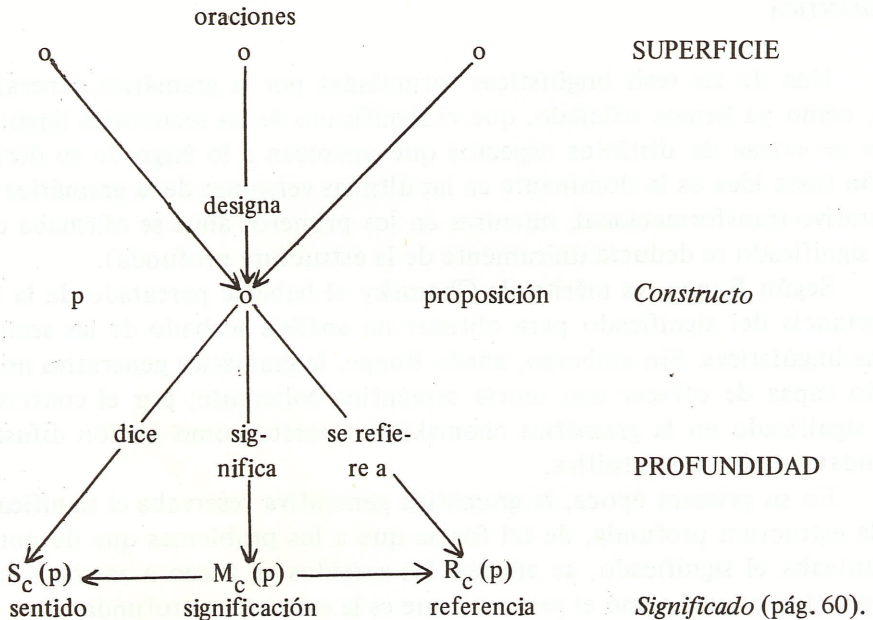
En versiones posteriores se amplió el significado a la estructura superficial, y, finalmente, se prescindió de la denominación "estructura profunda", lo que podría llevarnos a pensar que se había aclarado el entorno oscuro de la semántica. Ciertamente no fue así, sino que, en lo fundamental, los procedimientos continuaron en la misma dirección. Es decir, el punto de partida de una derivación y las fases sucesivas del desarrollo de ésta continuaron con su fundamento intuitivo y, consiguientemente, el significado remitía también a esa base (cfr. 54-55).

Por otra parte, en la gramática chomskiana la semántica está sometida a la sintaxis en el sentido de que el significado se obtiene a partir de las estructuras sintácticas, y es producto, por tanto, de reglas gramaticales.

Frente a esta concepción de la semántica, Bunge propone la siguiente:

“La esencia de nuestra semántica es que todo concepto y toda proposición tienen tanto un sentido como una referencia, y que el significado de un constructo (concepto o proposición) es el par ordenado formado por su sentido y su referencia. Ambos son contextuales por depender del cuerpo de conocimientos en que se presenta el constructo en cuestión” (59).

En opinión del filósofo, antes que hablar de estructuras profundas subyacentes a las superficiales, mejor es trabajar con proposiciones semánticas subyacentes a las estructuras sintácticas, puesto que sólo en este sentido tiene la subyancia valor. En esquema se trataría de lo siguiente:



Siguiendo la dirección marcada por Bunge, el significado ya no es deudor ni esclavo de la gramática, dado que su estudio no está subyugado a las reglas gramaticales sino que se integra en el ámbito de la lógica.

Como es evidente, la teoría semántica de Bunge es lo suficientemente amplia como para que su noción de significado incluya factores de praxis y de conocimiento de mundo. Sin embargo, me parece posible estudiar el significado desde una perspectiva de lingüística interna, en donde la semántica se ceñiría a aquellos aspectos que tienen funcionalidad en la lengua y que, por tanto, permiten la comprensión de las secuen-

cias y de las unidades de una manera laxa, sin necesidad de buscar sus variados referentes e implicaciones presuposicionales¹⁴. No quiere esto decir que niegue la validez de una semántica trascendente; más bien trata de sugerir el valor complementario del análisis semántico desde una óptica restringida (lingüística interna) respecto a ese análisis desde un punto de vista amplio (postura de Bunge).

PUESTA A PRUEBA DE TEORÍAS LINGÜÍSTICAS

Según Bunge, los lingüistas adoptan dos posturas extremas en el momento de poner a prueba sus teorías. O bien se entiende que los contraejemplos no constituyen evidencia porque no son “ideales” y pertenecen a la actuación (vid. *supra*, apdo. *Sintaxis*), o bien se tienen en cuenta todos los contraejemplos, considerándolos evidencia, y continuamente se reformula la teoría.

Científicamente, sin embargo, ninguna de esas aproximaciones es correcta. La primera no lo es porque supone circularidad, y la segunda porque no valora racionalmente —en unos casos— los datos que puedan constituir evidencia, o porque las hipótesis se han forjado —en otros casos— en un corpus demasiado limitado.

Ciertamente, el proceso de contrastación, general a todas las ciencias, supone ciertas dificultades en el caso de la lingüística, y ello debido a las peculiaridades en la naturaleza de los datos. Bunge agrupa estos datos en dos tipos: los fácticos y los fáctico-normativos, caracterizándolos del modo siguiente:

“El esquema del dato “el hablante W, perteneciente a la comunidad lingüística X, pronunció la oración estando en el estado Y y en la circunstancia Z” es del tipo fáctico. En cambio, el esquema “la oración O es gramatical (o aceptable) en la lengua L en el contexto X” es de tipo fáctico-normativo, por excluir mu-

¹⁴ Así, a una semántica lingüística (tal y como la entiende Coseriu) no le interesarían las referencias —de conocimiento de mundo— correspondientes a *los amantes de Verona*. Mientras para Bunge (vid. págs. 60-61) esta secuencia es ambigua porque designa las proposiciones:

a) Los personajes centrales de la tragedia de Shakespeare, *Romeo and Juliet*, y

b) Las personas que han visitado Verona,

en una semántica lingüística la ambigüedad vendría dada porque su “significado estructural” es diferente. En el primer caso se trata de “personas que son de Verona y son amantes”, y en el segundo de “personas que aman Verona”. Dicho de otro modo, en el primer caso se trata de “los que se aman” y en el segundo de “los que aman a”.

chos datos fácticos, a saber, todas las expresiones gramaticalmente "incorrectas" en la lengua estándar en cuestión" (100).

Pues bien, mientras en las ciencias naturales la contrastación se lleva a cabo respecto a datos fácticos de tal manera que un contraejemplo obliga a rehacer y revisar generalizaciones e hipótesis, en la lingüística (sobre todo en la lingüística pura) son datos fáctico-normativos los manejados como contraparte contrastadora, de tal modo que pueden descartarse datos fácticos que son contraejemplos por considerarlos "anormales". La puesta a prueba de teorías es, pues, diferente en los dos ámbitos debido a que las ciencias naturales se refieren a hechos y la lingüística a normas. En opinión de Bunge, a las teorías lingüísticas

"se las pone a prueba contrastándolas con gramáticas, no con la realidad lingüística; (...) a su vez, las gramáticas se ponen a prueba sólo en parte por contraste con los hechos lingüísticos, y esto por ser normativas tanto como descriptivas" (104).

Junto a las pruebas basadas en aspectos intradisciplinarios o internos¹⁵, es necesario utilizar pruebas fundamentadas en otros aspectos interdisciplinarios o externos para que la evaluación de las teorías resulte objetiva, y presente un sustento suficientemente amplio. En opinión de Bunge, el segundo tipo de pruebas es esencial en las investigaciones lingüísticas, ya que

"la poca evidencia empírica disponible es circunstancial e interdisciplinaria, a saber, por la vía de principios generales de la biología, la psicología y la sociología" (106).

Es decir, dado que los datos fáctico-normativos no confirman ni refutan (cfr. 101), es preciso recurrir a pruebas externas si se pretende que las investigaciones lingüísticas posean valor empírico.

Como es de suponer, la visión bungeana sobre el proceso de valoración de teorías lingüísticas no da cabida a la medida de simplicidad ni a la intuición manejadas en la gramática generativo-transformacional. Tampoco desde su óptica pueden encajar los estudios llevados a cabo en lingüística pura, a no ser que busquen, en último término, conexiones

¹⁵ Con palabras de Bunge, "En lingüística, como en cualquier otra ciencia, debemos contar con elementos de prueba (o evidencias empíricas) de dos tipos: intradisciplinario e interdisciplinario. (Un elemento de prueba *e* relevante a una hipótesis perteneciente a un campo de investigación *C* se llamará *intradisciplinario* si, sólo si, *e* pertenece exclusivamente a *C*; e *interdisciplinario* si, además, pertenece a algún otro campo de investigación)" (105). Cfr. también Botha (1971) y (1973).

con la psicología, sociología, etc., en cuyo caso serían posibles las pruebas empíricas.

En mi opinión, sin embargo, en el terreno de la lingüística pura, y más concretamente en el de la gramática, es posible desarrollar investigaciones que den lugar a marcos teóricos científicamente válidos sin necesidad de recurrir a la sociología o a la psicología (lo cual no implica negar factores sociológicos o psicológicos en el lenguaje).

Sin duda, los datos manejados por un físico y los utilizados por un gramático son de naturaleza diferente, y ello debido no sólo a la esencia de esos datos sino también al modo de conseguir su relevancia. Así, mientras los datos físicos suponen “conocimiento de observador”, los datos gramaticales implican “conocimiento de agente”¹⁶. Es decir, el interés del gramático reside en lo fáctico en cuanto que se interpreta “normativamente”, y puesto que él es productor de lo primero, de ahí su “conocimiento de agente” para alcanzar la contraparte normativa.

Después de haber constituido su *corpus* de datos fáctico-normativos, el gramático podrá sistematizarlos y establecer generalizaciones sobre ellos, hasta llegar a hipótesis y reglas teóricas que tengan posibilidades de contrastación. Así, la labor del gramático no se reduce a sistematizar las normas (vid. *supra*, apdo. *Sintaxis* y notas 12 y 13); antes bien, éstas le sirven para interpretar los datos fácticos, así como para sustentar su relevancia empírica —puesto que son las normas las que facilitan la comunicación entre los hablantes—. Lo que busca el gramático es la construcción de un marco, con hipótesis y reglas teóricas, que abarque la mayor cantidad de expresiones concretas.

El problema que plantea mayores dificultades es, en efecto, el de hallar evidencia objetiva para llevar a cabo la contrastación, ya que —como se ha dicho— si el gramático pone a prueba su teoría únicamente con respecto a los datos iniciales, tal proceso no tiene validez por ser circular, y si el gramático rechaza contraejemplos sin justificación racional y objetiva, la validez empírica de la teoría habrá de ponerse en duda.

La cuestión, a mi modo de ver, se centra en cómo han de entenderse y cómo han de fundamentarse las reglas normativas o ateóricas. En este sentido, creo que la norma no puede identificarse con lo están-

¹⁶ Itkonen (1978, 8.1.) diferencia estos dos tipos de conocimiento a partir del hecho de que el investigador tenga capacidad para producir los datos, siendo él mismo agente (de lo que resulta su “conocimiento de agente”), o no tenga esa capacidad, de tal manera que sus posibilidades se restringen a la observación (de lo que resulta su “conocimiento de observador”).

dar sino que, para ser rentable en su función de proveer evidencia contrastadora, ha de poseer un carácter flexible que dé cabida a variantes de distintos tipos¹⁷. De este modo, el sustento empírico de esa evidencia fáctico-normativa no residirá en juicios subjetivos de gramaticalidad sino en su valor comunicativo real. En pocas palabras, se trata de seleccionar como “normativas” todas aquellas secuencias que sirvan como medio de comunicación entre hablantes.

Quizás no sea posible la construcción de una teoría gramatical que posea esa capacidad de abarque, pero sí lo es la elaboración de marcos teóricos complementarios que den cabida a las distintas variantes, y dado que la contrastación objetiva es —como hemos visto— viable, la investigación gramatical tiene cuerpo en sí misma. No niego con ello, repito, la importancia de otras investigaciones sobre el lenguaje y la complementariedad existente entre ellas. Tampoco afirmo, evidentemente, que una teoría gramatical pueda dar cuenta de todo el complejo “lenguaje”, pero en el mismo sentido no lo puede una teoría psicolingüística, sociolingüística, etc.

CARÁCTER DE LA INVESTIGACIÓN LINGÜÍSTICA. CODA

Recogiendo las múltiples consideraciones esparcidas a través de su libro, Bunge remata su estudio con una especie de reflexión final sobre cuáles han de ser los modos de investigación en lingüística para que la disciplina pueda superar su crisis.

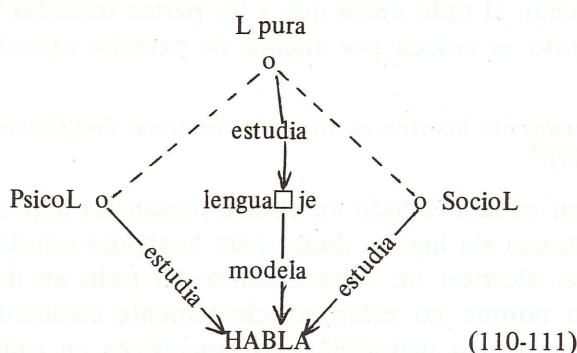
En primer lugar, insiste en la necesidad de una visión global sobre la complejidad del fenómeno, de tal manera que las distintas ramas de la lingüística se entiendan como complementarias.

En segundo lugar, y derivado de lo anterior, Bunge concibe la lingüística como un campo de investigación heterogéneo ya que

“No es una ciencia puramente natural porque, aunque el habla es una función biológica, está fuertemente influida por la sociedad. Tampoco es la lingüística

¹⁷ La noción de “sociolecto” de Wunderlich (1974, cap. 11) puede muy bien recubrir esa idea de norma flexible que se fundamenta en la existencia de comunicación entre hablantes. Con palabras de Wunderlich (1974, 329-330), “A sociolect comprises the relatively similar linguistic activities of a (sociologically) relatively similar group of persons with frequent communicative contacts. Individuals can possess part of a sociolect (we can call this an idiolect), or even several different sociolects. But a sociolect is defined independently of which persons possess which parts of it; the population of a sociolectal community can vary constantly”.

una ciencia exclusivamente social, porque la formación y comprensión de expresiones lingüísticas son también fenómenos subjetivos. Además, la lingüística también estudia la lengua como si fuese un objeto existente por sí mismo, desligado tanto de los cerebros como de las sociedades. Por consiguiente la lingüística actual se parece a un monstruo de tres cabezas (...)



Según Bunge, para que las investigaciones en las distintas ramas puedan ser rentables, y para que la lingüística ofrezca unidad a pesar de la heterogeneidad, los vínculos expresados por las líneas quebradas en la representación anterior deberían ser fuertes.

En tercer término, el autor se pregunta acerca del carácter científico de la lingüística y busca la respuesta en si provee o no explicaciones. La conclusión al respecto es la siguiente:

“lo que exige explicación no es el lenguaje (*langue*), que es un constructo, sino el habla (*parole*), que es un sistema de hechos. Y el habla sólo puede ser explicada por las demás ramas de la lingüística, principalmente por la psicolingüística (con base fisiológica) y la sociolingüística. En resolución, la lingüística es una ciencia incipiente o protociencia antes que una ciencia cabal” (115).

Parece, pues, que para el filósofo la lingüística pura no tiene función alguna en la maduración de la disciplina, y que la vía más apropiada es la de la psicolingüística con base fisiológica.

Finalmente, Bunge incide en la necesidad de adoptar una postura filosófico-metodológica coherente y productiva para reparar la crisis actual en la que se halla inmersa la lingüística. La vía de solución que propone consiste en recapitular selectivamente del modo siguiente:

“Así como en filosofía es posible y deseable adoptar un sistema que combine los aspectos positivos de todas las escuelas —y una combinación que promueva el progreso del conocimiento en lugar de bloquearlo—, en lingüística es posible y deseable adoptar una tal filosofía unificada capaz de guiar la investiga-

ción de los diversos aspectos del habla (*parole*) y del lenguaje (*langue*) con el fin de construir una síntesis amplia y profunda que nos permita comprender cómo hablamos y para qué lo hacemos" (119-120).

Ya he señalado al comienzo de estas notas que la postura de Bunge, como filósofo que es, se caracterizaba por ser globalizante, razón que explica su atención al todo antes que a las partes tomadas individualmente. Hasta tal punto se coloca por encima de parcelas específicas que llega a afirmar

"el conocimiento humano es uno, y las fronteras disciplinarias son algo arbitrarias" (106)¹⁸.

Tener en cuenta el todo en el cual juegan las partes parece en principio una máxima sin lugar a dudas para cualquier estudioso. Ahora bien, empeñarse en alcanzar un conocimiento del todo en detrimento de las partes —bien porque no estén suficientemente estudiadas, bien porque exijan procedimientos metodológicos específicos en cada caso—, no parece razonable, así como tampoco lo parece la idea de que la investigación importante reside sólo en el fenómeno como unidad restando valor a los estudios particulares sobre aspectos de tal fenómeno.

A mi modo de ver, tan ilusorio es intentar una teoría general sobre el lenguaje basada en parcialidades y reduccionismos —tal es la empresa de Chomsky—, como obsesionarse por tal teoría sin percatarse de que los múltiples aspectos del fenómeno necesitan todavía estudio detenido, de tal manera que la fase previa al establecimiento de hipótesis generales está en desarrollo. Por otra parte, es muy probable que esa teoría general no llegue a lograrse y ocupe su lugar una suma de teorías parciales.

Frente al camino seguido por la gramática generativo-transformacional, Bunge ofrece, a lo largo de su libro, consideraciones sugerentes sobre las posibles vías que lleven a esa teoría general, pero en ningún momento se plantea si los aspectos y factores implicados en el lenguaje están suficientemente estudiados. De ahí que su propuesta resulte ilusoria en tanto que el panorama real en la actualidad no está en consonancia con las exigencias de aquélla. En consecuencia, como postura que subsana los errores e inadecuaciones de Chomsky, acepto —en general— las líneas bungeanas, pero considero que no es factible seguirlas dado el estado de los conocimientos sobre el lenguaje.

¹⁸ Sin embargo, metodológicamente, es preciso trabajar con esas fronteras, sobre todo si el conocimiento específico acerca de los distintos ámbitos no es suficientemente amplio y profundo.

Producto de todo el conjunto de matizaciones que he hecho con respecto a las opiniones de Bunge es mi creencia en la relevancia de las investigaciones llevadas a cabo en lingüística pura —ya que importa también “qué hablamos”, y no sólo “cómo hablamos y para qué lo hacemos”—. Es más, estoy convencida de que los estudios sobre gramática pueden dar lugar a una de las teorías que se suman para constituir la síntesis general (vid. *supra*, apdo. *Puesta a prueba de teorías lingüísticas*).

Para concluir quiero volver al comienzo de estas notas en donde atribuía al estudio de Bunge las cualidades de no-parcialidad, objetividad y claridad, de las cuales no me desdigo a pesar de las consideraciones expuestas a lo largo de mi trabajo.

REFERENCIAS

- Bartsch, R. (1982): “The concepts ‘rule’ and ‘norm’ in linguistics”, en *Lingua*, 58, 1982, 51-83.
- Botha, R.P. (1971): “Le statut méthodologique de la preuve linguistique externe en grammaire générative”, en *Langages*, 24, 1971, 67-92.
- (1973): *The Justification of Linguistic Hypothesis. A Study of Nondemonstrative Inference in Transformational Grammar*, Mouton, 1973.
- Bunge, M. (1967): *Scientific Research*, Springer Verlag, N. York, 1967. Manejo la versión cast., *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*, Ariel, 1969. Hay ed. revisada en Ariel, 1983.
- (1968): “La maduración de la ciencia”, en *Teoría y realidad*, Ariel, 1972, 87-125.
- Coseriu, E. (1954): “Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje”, en *Teoría del lenguaje y lingüística general. Cinco estudios*, Gredos, 1962, 115-234.
- (1977): *Principios de semántica estructural*, Gredos, 1977.
- (1978): *Gramática, semántica, universales. Estudios de lingüística funcional*, Gredos, 1978.
- Chomsky, N. (1980): *Rules and Representations*, Basil Blackwell, 1980.
- Elffers, E. (1978): “Description and prescription in linguistics”, en Zonneveld, W. & Weerman, F. (eds.), *Linguistics in the Netherlands 1977-1979*, Foris, 1980, 124-135.
- Gross, M. (1979): “On the failure of generative grammar”, en *Language*, 55, 1979, 859-886.
- Hammarström, G. (1978): “Is linguistics a natural science?”, en *Lingua*, 45, 1978, 15-33.
- Itkonen, E. (1978): *Grammatical Theory and Metascience. A Critical Investigation into the Methodological and Philosophical Foundations of ‘Autonomous’ Linguistics*, John Benjamins, 1978.

- Kuhn, Th. S. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*, The Univ. of Chicago Press, 1962. (Trad. cast. en F.C.E., 1975).
- Olszewsky, T.M. (1974): "On Competence and Performance", en *Linguistics*, 122, 1974, 47-63.
- Percival, W.K. (1976): "The applicability of Kuhn's paradigms to the history of linguistics", en *Language*, 52, 1976, 285-295.
- Wunderlich, D. (1974): *Grundlagen der Linguistik*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1974. (Trad. inglesa, *Foundations of Linguistics*, Cambridge Univ. Press, 1979).

MILAGROS FERNANDEZ PEREZ

Universidad de Santiago